

SECUELAS DE LAS BOMBAS  
ATOMICAS CAIDAS EN ALMERIA

R. MAGAÑA

La alcaldesa de Palomares, Antonia Flores, ha desempolvado una vieja historia todavía no resuelta.

## Los vecinos de Palomares viven aún en estado de alarma

**El 16 de enero de 1966 varios B-52 norteamericanos chocaban entre sí dejando caer sobre Palomares, un pequeño pueblo almeriense, cuatro bombas atómicas. Hoy, casi veinte años después, los vecinos de esta localidad siguen pasando revisiones médicas en la Junta de Energía Nuclear y viven aún alarmados por las consecuencias de aquel accidente.**

**H**ACE casi veinte años que la foto de Manuel Fraga en *meyba* daba la vuelta al mundo. Aquel 16 de enero de 1966, en un lugar de Almería llamado Palomares chocaron varios aviones norteamericanos B-52 que, cargados de bombas atómicas, sobrevolaban descaradamente el espacio aéreo español. La colisión que provocó el accidente se produjo sobre el pueblo de Vera, pero fue entre Garrucha, Palomares y Villaricos donde cayeron los cadáveres de

los tripulantes y tres de las bombas que transportaban los B-52; una cuarta cayó en el mar.

Ante los riesgos de contaminación en aquella zona desértica y olvidada, con un incipiente turismo, Fraga, ministro de Información y Turismo de la época, decidió darse un chapuzón simbólico en la orilla del mar para tranquilizar a la población. El baño, en compañía del embajador norteamericano, Mr. Duke, y las fuerzas vivas de la región, no consiguió su propósito.

Veinte años después los habitantes de Palomares no han logrado vivir en paz.

Durante diecinueve años los campesinos y pescadores de la zona se han estado trasladando a Madrid para someterse a reconocimientos médicos en la Junta de Energía Nuclear (JEN). Hasta el momento, no han recibido informe oficial, oficioso, confidencial o amistoso sobre el motivo de sus revisiones, el grado de contaminación de las tierras, el peligro radiactivo al que estuvieron expuestos durante los tres días posteriores a la caída de las bombas y su estado actual. Ahora, gracias a la alcaldesa de Palomares, Antonia Flores, veintiséis años, socialista, hija de José Flores, el agricultor que plantó cara a los norteamericanos, se ha abierto el expediente que las autoridades de la época se empeñaron en archivar.

En opinión de los vecinos de Palomares, la JEN, encargada desde el comienzo del caso, «ha hecho el papel de tapadera del Gobierno de entonces». Nunca dio un informe preciso sobre las pruebas a las que sometieron a personas, animales, aire y vegetación. Tan sólo evasivas notas de prensa con escaso poder de convicción.

**tiempo** ha conseguido el Informe sobre la vigilancia radiológica realizada en Palomares, que el Consejo de Seguridad Nuclear ha enviado esta semana a las Cortes. Dicho informe asegura que los niveles de contaminación por radiactividad en las tierras y habitantes de la zona no ofrece el menor peligro.

Sin embargo, durante diecinueve años la JEN guardó este informe. Ha sido el Consejo de Seguridad Nuclear, organismo creado hace tan sólo cuatro años, el que ha exigido una mayor transparencia sobre el caso Palomares, ya que los vecinos se niegan a nuevas revisiones hasta que no les aclaren la situación y les entreguen sus historias clínicas.

El informe que acaba de llegar al Parlamento se inicia con algunas imprecisiones que, según la alcaldesa y los vecinos, le dan poco grado de fiabilidad. «El día 16 de enero de 1966 —empieza el informe— se produjo un accidente de aviación, durante la operación de abastecimiento de combustible en vuelo, que ocasionó la destrucción y la caída de un avión B-52 y otro nodriza pertenecientes a las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos de América... Las cuatro bombas termonucleares que transportaba el avión se desprendieron; dos de ellas cayeron con sus respectivos paracaídas y se recogieron intactas (una de ellas en el mar). Las otras dos bombas cayeron sin paracaídas y, a causa del choque violento con el suelo y la acción del explosivo convencional, se produjo fragmentación.»

### Falsa versión oficial

Este aséptico relato de la catástrofe nuclear de Palomares contiene un grave e intencionado error, según los testigos que presenciaron la caída de los aviones. No fueron dos, sino tres, los aviones que cayeron en la zona. «Esta era la versión oficial y es lamentable que la JEN, al cabo de los veinte años, siga sosteniendo aquella teoría de las



La alcaldesa Antonia Flores (derecha), junto a Rafael Lorente y una vecina del pueblo.

### El Consejo de Seguridad Nuclear ha enviado al Parlamento un informe de la contaminación en Palomares

autoridades de la época», dice **Rafael Lorente**, escritor, diplomático y autor de un libro sobre el caso Palomares.

El informe de la JEN sigue relatando así los acontecimientos: «La acción del viento, que soplabla en aquellos momentos sobre la zona, dispersó el aerosol (nube de humo producida por la fragmentación de las bombas, más conocido como hongo nuclear) que se formó en los dos puntos de impacto e hizo que sus componentes se depositaran, posteriormente, sobre una zona de 226 hectáreas, aproximadamente, correspondientes a monte bajo, campos de cultivo y zona urbana. Consecuencia de ello fue la contaminación de la zona por los diversos isótopos de plutonio y, en menor proporción, de americio.»

**Antonia Flores**, alcaldesa de Palomares, tenía seis años el día que cayeron las bombas junto a su casa. Lo recuerda con precisión. «La bomba cayó a unos treinta metros de donde yo estaba. Mi hermano y yo nos fuimos corriendo a casa cuando vimos el resplandor y oímos el estruendo, pero, como todos, luego salimos para ver lo que pasaba. Yo toqué la bomba. Es más, hubo una romería de todos los vecinos para llevarnos fragmentos a nuestras casas.

Los teníamos allí, encima del aparador, como un trofeo. Aquello era una bomba norteamericana.»

El pueblo entero, unos 1.500 vecinos, estuvieron expuestos durante tres días a la contaminación nuclear. «Lo grave —dice **Rafael Lorente**— es que las autoridades no informaron a la gente de que estaban corriendo serios riesgos. La gente comía tomates, bebía agua, tocaba las bombas y guardaba la chatarra de los aviones, ignorando que aquello suponía un peligro.» El propio **Rafael Lorente** estuvo expuesto a las radiaciones y seis meses más tarde tuvo unas cataratas fulminantes que casi le dejaron ciego. «Años después los médicos me dijeron que mis cataratas podían ser consecuencia de la contaminación nuclear.»

La gente de Palomares estaba alarmada porque se habían producido casos de enfermedades extrañas, tumores, un elevado índice de subnormalidad y malformaciones congénitas en recién nacidos. Según **Lagan**, científico norteamericano, las consecuencias de las inhalaciones de partículas alfa de plutonio, que quedan en el hígado y en la médula, se manifiestan doce años después del contacto. Los vecinos de Palomares que pasaban religiosamente por el Contador de Cuerpo Entero (aparato empleado en medicina para medir la radiactividad en el organismo humano) preguntaban a los médicos de la JEN: «Doctor, ¿qué tengo?» «Nada, hombre, vete tranquilo», les respondía el médico.



**Manuel Fraga, entonces ministro de Información, tras el baño con el que intentó tranquilizar a la población.**

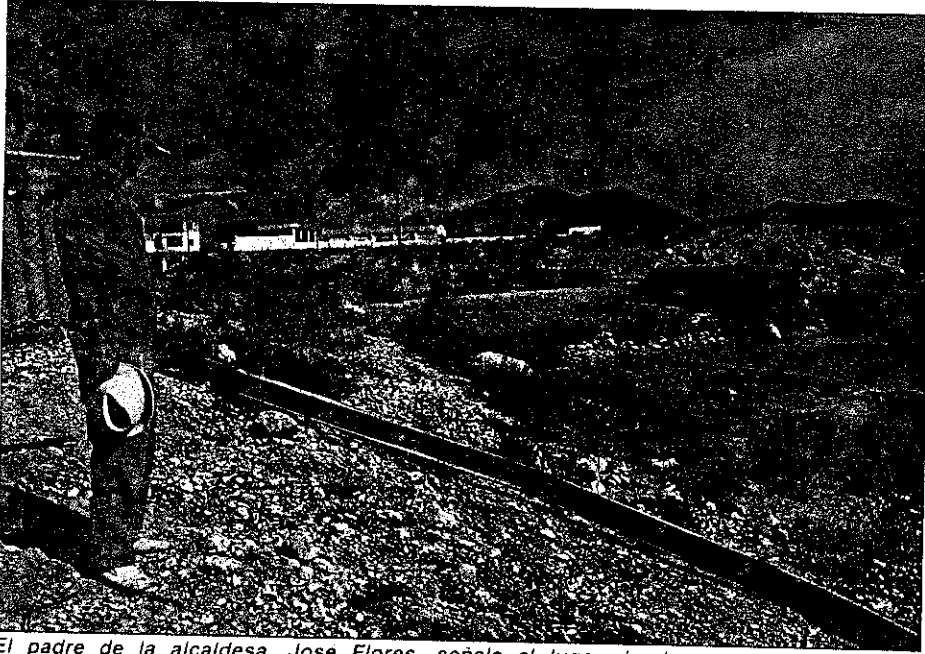
Hasta que en el mes de septiembre le dijeron a la alcaldesa, en plan confidencial, que un 8 por 100 de los vecinos tiene cierto índice de contaminación en la orina. Cundió la alarma en el pueblo. El informe de la JEN, hasta el momento inédito, así lo cuenta: «Posteriormente se tomaron muestras de orina de las personas. Los resultados obtenidos mostraron valores máximos de contaminación externa en el calzado. La actividad de plutonio en orina fue del orden de 40 mBq/día... Los reconocimientos se iniciaron en 1967, habiéndose realizado anualmente y sin interrupción hasta la fecha.»

### Miedo en la población

Según dicho informe, en el aire de Palomares existe un contenido medio en plutonio cien veces inferior a la concentración límite establecida por la legislación española y cuenta que los afectados por leucemia son: un varón de veintidós años que murió en Barcelona en 1972; una mujer que murió en Palomares, en 1975, a los veintiún años, y otro varón que falleció, también en Palomares en 1980, a los nueve años.

### A la alcaldesa le dijeron en la Junta que en un 8 por 100 de los vecinos se ha detectado radiactividad.

Estos casos habían provocado terror en la población. Frente al informe de la JEN, uno de los médicos que ha seguido oficialmente el caso Palomares tiene su propia versión. La realidad parece más dura que el aséptico informe. «No se tienen datos del grado de contaminación que hubo en el primer momento —asegura el doctor—, antes de la recogida de la tierra y las medidas descontaminantes. Los que tomaron las primeras medidas de emergencia fueron las Fuerzas Armadas norteamericanas y españolas. ¿Quién midió la radiactividad? Los dos gobiernos establecieron un acuerdo, según el cual la JEN debía comunicar sus investigaciones a una comisión norteamericana, que posee una documentación paralela, y me atrevo a afirmar que mucho más completa, sobre Palomares. El accidente nuclear de Palomares es el más grave que ha ocurrido en la historia en tiempos de paz. Al Departamento de Defensa nor-



El padre de la alcaldesa, Jose Flores, señala el lugar donde cayeron las bombas.

teamericano le interesa especialmente. Seguro que en Washington están más informados que en Madrid.»

El Ministerio de Defensa español, a juicio de este médico, debe dar su versión oficial de lo que sucedió allí, ya que dos generales, uno español y otro

norteamericano, se encargaron del caso desde el primer momento. Los norteamericanos organizaron la operación *Flecha Rota* en cuestión de horas. Enviaron diez buques de guerra y unos 2.000 soldados a la zona. Excavaron la tierra y se llevaron cosechas y animales

**El informe oficial asegura que los niveles de contaminación no son peligrosos, pero los vecinos desconfían**

al cementerio nuclear de Aiken, en Estados Unidos. Los campesinos de Palomares y los pescadores de Villaricos ayudaron a los soldados a recoger la tierra.

Otro punto negro de la historia fue el capítulo de las indemnizaciones. El 17 de enero de 1986, a los veinte años del accidente, prescriben las responsabilidades económicas del Gobierno norteamericano. Los vecinos tienen prisa por aclarar el asunto.

Rafael Lorente cuenta que se creó una comisión mixta hispano-norteamericana para evaluar las pérdidas: «Recuerdo que el gobernador Gutiérrez Egea llegó a decir que se intentaba sacar tajada de los pobres norteamericanos. Se pagó en función de criterios arbitrarios. Se pagó mal, tarde y, en algunos casos, nunca.» Se ofrecieron unas indemnizaciones por las cosechas perdidas de unos 51 millones de

## ESPAÑA

### ***El accidente nuclear de Palomares es el más grave que se ha producido en la historia en tiempos de paz***

pesetas, de los cuales no se pagaron más de diecinueve. El resto del dinero se ha quedado en el largo recorrido que separa Washington de Palomares. Son legítimas toda clase de sospechas.

#### **Nuevas indemnizaciones**

Gran parte de los ochocientos vecinos que viven hoy en Palomares tienen puestas sus esperanzas en la alcaldesa, el equipo médico que dirige **Pedro Zarco**, presidente de la Asociación de Médicos contra la Bomba Atómica; el doctor **Rodríguez Farré**, especialista en Radiobiología, y el abogado **José María Mohedano**, encargado de la parte jurídica. Quieren saber cuáles han sido los daños físicos producidos por las bombas. Para ello necesitan el informe completo de la JEN, que acaba de entrar en las Cortes, y sus historias clínicas. En función de los años pedirán nuevas indemnizaciones al Gobierno norteamericano antes del próximo enero.

El médico que conoce oficialmente el informe de la JEN opina que *«los vecinos de Palomares tienen derecho a indemnizaciones más justas de las que el Gobierno norteamericano les asignó en un principio, aun en el caso de que no tuvieran secuelas físicas, porque lo que nadie ha valorado todavía es el daño moral. El Parlamento, a mi juicio, debería crear una comisión investigadora respecto a este asunto oscuro de la reciente historia de España, que sigue afectando a más de mil ciudadanos. Que investiguen quién fijó las indemnizaciones y dónde se quedó el dinero de los que no han cobrado. Que alguien determine los daños morales de esas gentes, sometidas a radiaciones nucleares, que viven alarmadas por síntomas de enfermedades que para otros ciudadanos no suponen sobresaltos. Miedo a los embarazos, tumores, abortos, malformaciones congénitas... No saben si sembrar o no las tierras, si comerse o no sus propias cosechas... Sus idas y venidas constantes a la Junta de Energía Nuclear. Todo eso debería pagárselo alguien y todavía están a tiempo de reclamar. Es terrible vivir durante veinte años con el miedo a la contaminación nuclear»*. [f]